

AGUIRRE, Rafael Andrés Sánchez. Imágenes grupales, mitificaciones y modulaciones emotivas em uma islã caribeña. *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 12, n. 35, pp. 430-446, Agosto de 2013. ISSN 1676-8965.

ARTIGO

<http://www.cchla.ufpb.br/rbse/Index.html>

Imágenes grupales, mitificaciones y modulaciones emotivas en una isla caribeña

Rafael Andrés Sánchez Aguirre

Recebido em 12.07.2013

Aprovado em 23.07.2013

430

Resumo: O olhar sobre as "origens sociais" de uma comunidade do Caribe pode permitir-nos detalhar alguns aspectos relacionados com os sentidos de orgulho-vergonha e a mitificação que compoem as 'imagens de grupo' que os membros dessa sociedade tentam sustentar. Veremos que uma referência constante do reconhecimento da sociedade da ilha de San Andres tem sido a ligação histórica com os colonos protestantes ingleses, enquanto que raramente alude-se sobre uma tradição africana ou sobre as experiências sociais na escravidão. Vamos verificar que a forte migração para á ilha que acentuo-se na segunda metade do século XX, incentivou os olhares e as percepções entre os grupos reunidos tencionando as sensibilidades deles. A circulação de imagens grupais entre as diferentes colectividades tem tido seu próprio eco na configuração de aceitação / rejeição e res-sentimento interpessoal. Temos feito este trabalho de análise a partir da revisão de estudos históricos e da imprensa, ademais de conversas informais com os membros da comunidade. **Palavras-chave:** emotividades, imagens grupais, figuração social, Raizales.

*El blanco está preso en su blancura.
El negro en su negrura.*

Frantz Fanon

Introducción¹

La isla de San Andrés, ubicada en el mar Caribe, muy cerca de las costas nicaragüenses, es un alejado territorio colombiano con una rica historia de imposiciones sociales. Su población más antigua de procedencia africana, reconocida actualmente como *raizal*, vivió la esclavitud ejercida por colonos ingleses desde el siglo XVII.² Tal experiencia marcó un sentir colectivo local que ha funcionado, en tiempos recientes, como un fantasma social (de inferioridad social) desde el cual se han consolidado nuevas imposiciones. Al revisar este caso encontramos algunos aspectos que pueden ser considerados como estructurales en la permanente (re)construcción de una imagen grupal, y que se inscriben en una *figuración* social del tipo 'establecidos/marginados' (Elias, 1998). La percepción de sí mismos, que modelan los habitantes más antiguos de San Andrés, durante el siglo XX hasta nuestros días, se sostiene como un ejercicio de diferenciación y distinción en el que la ambigüedad sentimental es predominante y la vergüenza aflora intermitentemente.

Entendemos la idea de imagen grupal en términos de la construcción de un 'ideal-nosotros' que viven los colectivos sociales en el largo proceso histórico de afianzamiento de sentidos corporales-emotivos. Ello implica un carácter relacional que subyace a cada grupo, en el que se conjugan percepciones de lo propio y de lo ajeno, de los otros en tanto fuentes de afirmación del reconocimiento colectivo. "[L]a imagen enfatiza una agencia intersubjetiva: que indica caminos y procesos siempre tensos, ampliando, modificando, tornando *consciente*, o mitificando e ideologizando los diversos sentidos de la acción colectiva humana, es decir, social y cultural" (Koury, 2013, p. 305. Traducción y cursiva nuestra). En esta línea, consideramos que el vocabulario emocional con el que se describe un ideal grupal de la comunidad raizal nos permite detallar la figuración social con la que se sostienen miradas, perspectivas y sensibilidades de grupo.

¹ En este escrito se hablará en términos de un 'nosotros' como estrategia de reconocimiento de las voces aunadas en el proceso investigativo -de las personas que en San Andrés, Isla de Providencia, Colombia y Argentina, han aportado al dialogo que ahora se vuelve escritura-; en cualquier caso, las afirmaciones e ideas proferidas son responsabilidad exclusiva del autor.

² La definición propuesta en el Estatuto Raizal dice, "[p]ueblo raizal: etnia anglo africana tradicionalmente asentada en el archipiélago con lenguaje, cultura, historia y ancestro propio" (Restrepo, 2001a: 51).

Asumimos la idea de figuración como la conjugación de dinámicas interpersonales que posibilitan y jalonan geometrías corporales: sentidos, emotividades, acciones y poderes sociales (Scribano, 2012). De tal modo, las figuraciones son maneras en que 'habitualmente' se vinculan y ligan unos individuos con otros, unos grupos con otros:

[c]uando cuatro personas se sientan en torno a una mesa y juegan a las cartas constituyen una figuración. Sus acciones son interdependientes [...] Lo que se entiende aquí como figuración es el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones mutuas [...] se trata de un tejido de tensiones (Elias, 1999, p. 156-157).

Veremos que la tendencia colectiva, no planificada, hacia la mitificación del pasado -de la isla- sirvió en una labor de blanqueamiento social -adelantada por aquel grupo de raíces africanas-, que habilitó el ocultamiento de una historia vergonzosa a partir de la apropiación de la historia del amo (del vencedor). Esta labor analítica la hemos realizado a partir de un relevamiento de estudios históricos, la revisión de la prensa escrita y de charlas informales adelantadas con raizales. Esta presentación sirve como ejercicio de difusión y discusión acerca de nuestra estrategia de estudio sobre un fenómeno histórico, con incidencia en el presente isleño, apoyados en el reconocimiento de una sociología procesual de las emociones.

432



Figura 1. Mapa de la región Caribe. Tomado de <http://www.viajeros.com/>.

I

Las islas de San Andrés y Providencia fueron territorios apropiados por colonizadores ingleses que pretendieron establecer una comunidad blanca puritana en medio del Caribe en la primera mitad del siglo XVII. Su interés inicial, desde 1630, fue desarrollar una empresa agrícola fortalecida con tradiciones culturales y espirituales propias, alejados de cualquier influencia foránea. Sin embargo, las condiciones ambientales y la presión económica en medio del comercio esclavista y la piratería hicieron inminente la llegada de africanos en 1632. Es a partir de este marco histórico que se traman referentes sociales y fundacionales que resaltan un pasado de corte europeo, en sintonía especial con la cultura inglesa y repeliendo las tradiciones africanas e hispanas.

Los sentimientos de vergüenza de los esclavos se anclaron en un ejercicio de violencia contra sus cuerpos, en las ataduras, las obligaciones y el encausamiento de sus comportamientos, en la fuerza del amo para castigarlos y regular sus movimientos. La interiorización de este sentimiento, la contención de los impulsos violentos que bullían desde la desesperación, devino en resistencias y estrategias de apropiación de los códigos de relación que planteaba el establecido. Estrategias que no fueron del todo conscientes y planificadas, sino que funcionaron bien en la negociación y en la creación de micro-equilibrios que significaron ventajas dentro de la posición social de marginación. Así, por ejemplo, realizar correctamente los cantos en la iglesia o danzar de acuerdo a como lo indicaba el amo, fueron motivos que sugerían el buen acople de los grupos inmiscuidos generando un 'buen ambiente'.³

Con el paso del tiempo, las ventajas relativas asociadas al peso de una tradición anglo incorporada por los subordinados a través del lenguaje y la cultura del amo, les significó a las nuevas generaciones de sanandresanos una reubicación respecto a sus raíces africanas. El blanqueamiento cultural dejó ver el impacto colonialista sobre la autoimagen grupal afro que se dividió en dos ramas, una relacionada con el legado protestante como enfoque del mundo y base de la moral colectiva, otra vinculada a las tradiciones africanas 'ocultas y debilitadas' en el ejercicio civilizatorio. En este marco, la mitificación del pasado raizal ha funcionado como

³ Aunque en esta presentación no hacemos alusión explícita al miedo como factor estructural-estructurante de la vergüenza, asunto que ameritaría un trabajo particular, debemos destacar que el miedo del esclavo estuvo conectado estrechamente con tres aspectos: +el impacto sobre sus deidades y la consiguiente re-(des)-orientación moral (transformación de sus dioses), +la incertidumbre, descrédito e impotencia social, y por último, +la violencia física cotidiana ejercida por el amo. En relación con aspectos similares que funcionan como componentes del miedo colectivo en la actualidad, es interesante el trabajo que adelanta Koury (2009) sobre el caso de la sociedad de João Pessoa-Paraíba, ofreciendo pistas para aproximarnos a este fenómeno emotivo.

mecanismo de reproducción del blanqueamiento de la comunidad afrodescendiente (Sánchez Aguirre, 2007). La imagen que en tiempos recientes se ha promovido acerca de la comunidad local, nos permite ver los juegos de poder que se conjugan a favor de la perpetuación de horizontes sociales marcados por la exclusión y el sometimiento.

Debemos resaltar que el mito acerca del primer poblamiento o mayor permanencia en el territorio, sostenido por los raizales y reproducido de diferentes formas, por ejemplo en la memoria oral ó en la prensa escrita del siglo XX, demarcó una diferenciación y distinción social. Los raizales contaron, a partir de la apropiación del legado inglés, con una ventaja relativa en relación con los nuevos actores en el escenario isleño. Los nuevos pobladores pobres vivieron la marginación y deshonra en la medida que fueron considerados como la causa principal de los problemas locales: desempleo, inseguridad, degradación del medio ambiente e invasión territorial. Allí se reavivaron los sentimientos antihispánicos y se puso etiqueta a estos personajes no deseados: *Pañas*⁴. De otra parte, la inscripción rizal dentro de un pasado inglés afectó el proceso de adaptación local a la comunidad nacional colombiana, asunto desde el cual se señaló la necesidad de hablar bien el español y dejar de lado la lengua inglesa-raizal generalmente subvalorada⁵.

La auto-percepción que construyó el sanandresano afrodescendiente durante el siglo XX se apoyó en la voz más amplificada y documentada –la del amo. El raizal, al asumir esa voz que lo ha unido a un pasado europeo, resignificó una historia de abusos como potencia para delinear una imagen colectiva afro**británica**. La cuestión de la permanencia grupal más ‘antigua’ en el territorio –al lado de sus amos- ha fortalecido las exigencias en favor de la autonomía, el respeto y el reconocimiento cultural de esta sociedad. Ya dentro de la comunidad nacional, la lucha por la aceptación y el respeto les ha costado amoldarse a las nuevas pautas de relación, que en un principio les obligó a un acomodamiento vocal-corporal para disputar legítimamente su

⁴ Sobre el término *pañá* debemos señalar que se trata de una forma del creole adaptada de la palabra inglesa *spaniard* usada por el amo. Este término, en su versión raizal, ha sido usado de forma burlona o irónica para referirse a los colombianos continentales, enfatizando muchas veces una condición de gente poco confiable y abusiva (Ratter, 2001)

⁵ Sobre el asunto de las lenguas resaltamos los posibles sentimientos de vergüenza que se figuraron a través de la obligación de hablar un idioma oficial, asunto que implicó ajustes corporales para intentar producir un sonido hispano. Una habitante raizal, profesora de primaria, nos comentó que, “si ya éramos criticados por la forma de nuestro inglés... decían que era a medias... con el español aprovecharon para que no pudiéramos defendernos, porque íbamos a pedir algo para la comunidad y no podíamos decir las cosas como la gente del continente, los abogados nos tapaban la boca... siempre fue difícil... no hablamos bien el español ni tampoco el inglés, imagínese lo que sentimos”.

posición. La necesidad de hablar el español, además de constituirse como una nueva imposición social, les permitió a los raizales crear estrategias para adelantar acciones en la defensa de su cultura e historia.

En cualquier caso, antes de aflorar una alusión a los orígenes africanos, es el pasado puritano y pirata aquel con el cual se intenta repositionar el lugar del raizal en las nuevas geometrías relacionales. En un escrito periodístico de 1970, un periodista continental de visita en San Andrés, enfatizó que, en el “[f]ortín de Morgan [...] la gente piensa, actúa, se comporta, vive y habla muy lejos de la idiosincrasia general de los colombianos” (El Tiempo, 1970/11/4, p. 19). La referencia al pirata Morgan nos conduce a una imagen habitual promovida en Colombia sobre la región insular, ella marca la distancia del pasado social de San Andrés con la historia colombiana. A su vez, la diferencia sirve para sostener la existencia de un modo auténtico de ‘ser colombiano’ y resaltar que los sanandresanos no cumplen con el modelo individual-grupal.

El escrito periodístico continúa: “los nativos han sido arrinconados contra el sur de la isla, en donde viven de vender cangrejos y tortas de langosta, se conservan firmes en el mantenimiento de lo que son. Ciertamente San Andrés está lejos [...] muy lejos de Colombia, pero no es lejanía propiamente de distancia sino de pensamiento, de costumbres, de credos [...]” (El Tiempo, 1970/11/4, p. 19). El arrinconamiento de los nativos al sur de la isla podemos entenderlo como efecto de la construcción hotelera y la llegada de nuevos pobladores. Si en 1950 se contaban 3.750 habitantes, ya en 1973 pasaron a ser 20.357, asimismo el número de visitantes para este último año fue de 79.546 personas (Ruiz, 1986). Entre 1970 y 1985 la población raizal se concentró especialmente en ciertas zonas históricamente habitadas, debido a la presencia de gran cantidad de pobladores en el norte de la isla. El sur ha representado a una sociedad de corte más rural y ‘atrasada’, mientras que el norte ha sido el centro del comercio con calles pavimentadas y grandes construcciones que cuentan con ‘todos’ los servicios.

II

En la prensa con mayor tiraje y difusión en Colombia se reitera la idea de una comunidad raizal asentada desde hace mucho tiempo en el archipiélago, merecedora de una mejor situación social, afectada por la presencia de extraños -de nuevos visitantes y pobladores. En un texto periodístico encontramos una reflexión desde Bogotá:

¿Cómo son los isleños? ¿Y qué piensan de lo que ha venido ocurriendo con su isla? ¿Cómo eran? Eran gente sencilla, de la más diáfana franqueza, de asombrosa honradez, que concebían el mundo

y la vida con gran elementalidad, con una elementalidad casi igual a la de la época en que el hombre apareció sobre la tierra. Antes del advenimiento del turismo, el isleño y la isla vivían en comunión constante [...] eran como una misma cosa. Y -dicen ellos- se sentían más auténticos y más felices [...] Ahora ellos están un poco indigestados por ese proceso de transculturización a que se les somete; un poco estremecidos por esa batahola de civilizaciones que invade la suya desde todos los puntos cardinales” (El Tiempo, 1974/7/5, p. 5B).

Aquí el raizal es reconocido como poblador original, le son concedidos grados de establecimiento a partir de su antigüedad en el territorio. La idea de un pasado isleño idílico y casi puro, como una especie de génesis sugiere una correspondencia entre el habitante y el lugar, condición rota con el arribo desordenado de diferentes influencias civilizatorias. La llegada de extraños fue uno de los motivos principales para definir a los habitantes auténticos y legítimos del lugar. La ‘transculturización’ asimismo es enunciada como un problema con alusiones fisiológicas, como si se tratara de una enfermedad frente a la que el isleño ha sobrevivido.

La bulla civilizatoria colombiana parece imponerse sobre la voz de la cultura raizal. Los llegados del continente ejercen la dominación frente a los que deberían ser los establecidos, reconocidos y respetados, aquellos que con más tiempo han permanecido en tales tierras. El mito acerca de una vida tranquila y ordenada en el pasado funciona como marcador de las nuevas y nefastas condiciones de existencia; a partir de esta idea, el grupo que se siente violentado puede argumentar que sin ningún tipo de influencia externa hubiese permanecido por un ‘buen camino’. Ese fue el sentimiento que fue aflorando en el transcurso del siglo XX. Una opinión ofrecida por un raizal a un periódico sanandresano confirma la imagen del extraño como factor del desorden de la vida isleña:

[E]l isleño siente que la isla ya no es suya, que se la han invadido. Y lo peor es que la invasión les volvió todo al revés, vulneró sus patrones culturales, les anarquizó las reglas que tutelaban su existencia [...] ‘Donde el inmigrante levantaba su tienda el nativo perdía algo de lo propio [...] se nos ha obligado a entregar la isla para que la exploten los inmigrantes [...] y los nativos nos quedamos como parias, empobrecidos y oprimidos pisando como ajena la tierra que siempre ha sido nuestra’ (El Caracol, 1979/9/15, p. 4).

La caracterización del nuevo poblador hace referencia a la ilegítima imposición de un grupo que no posee los suficientes valores sociales y tradiciones culturales. A pesar de que los sanandresanos tuvieron dificultades en diferentes ámbitos durante el último siglo, la llegada de foráneos acentuó y puso al descubierto diferentes crisis sociales. Casos como la escasez de agua, que se remontan a tiempos coloniales, al igual que las dificultades con respecto al acceso a los alimentos, se hicieron insoportables para

los menos favorecidos. En este caso, no podemos negar que la gran mayoría de problemáticas vividas en la isla han hecho parte de dinámicas históricas y estructurales de una sociedad sostenida en el ejercicio de la exclusión social.

Es importante aclarar que, por lo general, los nuevos pobladores que llegaron a San Andrés, especialmente en la segunda mitad del siglo XX, fueron personas sin mayor fortuna, ciudadanos en busca de aquellas oportunidades que no encontraron en el continente. La mayoría eran trabajadores de la construcción o del aseo, quienes descubrieron una opción laboral con el desarrollo de los espacios turísticos durante los años '70 y '80. Debemos mencionar que algunos de los nuevos habitantes fueron inversionistas ó comerciantes, este grupo de personas no constituía un gran número. Así que normalmente las estigmatizaciones acerca del recién llegado recaían sobre los menos favorecidos. Frente a aquel que poseía una fuerza económica la comunidad solo podía ejercer reivindicaciones simbólicas, el inversionista o comerciante estaba amparado por la ley. En cambio, frente al poblador aventurero y pobre el sanandresano podía consolidar su distinción e intentar ejercer grados de establecimiento.

La situación social que se vivió a partir de la declaratoria del Puerto Libre en 1953 –condición con la cual se flexibilizaron las cargas impositivas comerciales-, estuvo caracterizada por la tensión socio cultural entre los colectivos inmiscuidos (locales y nuevos pobladores). La imagen colectiva que fue tejiendo la comunidad raizal, resaltó la diferencia y distinción propia como medio para reclamar sus derechos y ganar ventaja respecto a otras colectividades que arribaban. El argumento básico acerca de la correspondencia isleño-isla que ha fundamentado el interés del establecimiento social, de la comunidad raizal, se sostiene en la idea de su permanencia desde **'siempre'** en el territorio. Se ha difundido y mitificado una imagen colectiva de antigüedad inmemorial como fundamento de la posesión y legitimidad sobre el lugar. Tal modo de argumentación, divulgado habitualmente en los escritos periodísticos, permitió no solo la diferenciación e imposición social entre las colectividades de la isla, sino entre los diferentes estratos y sectores sociales de la nación.

De acuerdo a la condición de antigüedad del raizal se forjó un ideal-nosotros, esto le permitió al grupo alcanzar grados de poder a costa de la negación de la mayor parte sus raíces africanas. En cualquier caso, el ejercicio de distinción social habilitó un modo de autoreconocimiento grupal como base para oponerse y para cuestionar: las acciones gubernamentales, la llegada desorganizada de continentales y la irracionalidad comercial. Igualmente, los isleños fueron ganando mayor visibilización en la medida que fue

creciendo el señalamiento y descrédito de los continentales pobres⁶. En este contexto, “[l]os voceros de la comunidad nativa exigieron respeto por su identidad cultural, que se manifiesta principalmente en su tradición afrobritánica, con lengua inglesa y religión protestante luterana” (El Tiempo, 1981/6/29, p. 8A).

Este tipo de reivindicaciones caracterizó la segunda mitad del siglo XX sanandresano hasta la actualidad, alentando la organización y consolidación de movimientos colectivos raizales. Durante este tiempo, la alusión a una cultura particular, de gran influencia británica, fue expuesta de forma recurrente en la gran mayoría de escritos periodísticos. De cualquier manera, la presión que existió en aras de silenciar la historia africana de aquellos que fueron esclavizados y de sus descendientes, no alcanzó para borrar una memoria oral que se avivaba con los cuentos, juegos, dichos, ritmos y melodías. Por ejemplo, las *Anancy Stories* fueron pequeños relatos mantenidos y recreados en la región caribeña -incluyendo a San Andrés- como parte de una tradición oral marginal y debilitada en décadas recientes. Algunos investigadores han logrado comprobar que tales historias son originales de la comunidad Ashanti asentada en el país de Ghana, al occidente de África (Robinson-Bent, 1989; Friedemann, 1965).

Aunque el legado cultural africano no fue exaltado -por la comunidad raizal- con la misma fuerza que el pasado inglés, no podemos justificar tal situación sosteniendo que hubo un obediente y preciso acople de la comunidad esclava con la cultura del amo. Más bien, allí -en la sociedad esclavista- se urdieron referentes de pudor y vergüenza para desconocer cualquier valor en el sentir-decir-hacer del esclavo. A su vez, la moral del amo -su correcto comportamiento corporal y sentimental- fue justificada desde su posición de dominación -con su religión, sus armas y sus empresas-, como base de la distinción y superioridad social. En la línea de tal tradición, el pasado del raizal ha estado asociado principalmente con sentimientos de inferioridad y subvaloración, mientras que el pasado inglés apropiado y resignificado les ha permitido negociar una ‘mejor’ posición social.

En la puesta en juego de las miradas sobre la historia fueron activadas percepciones ‘de’ y ‘entre’ los colectivos inmiscuidos y sus

⁶ En el mismo sentido del sentimiento de rechazo debemos resaltar recientes y sorprendentes muestras de afecto hacia Colombia en las fechas patrias, en las disputas limítrofes con Nicaragua, en el reinado nacional de belleza y en el fútbol. Algunos de estos sentimientos empezaron a ser resaltados por la prensa desde finales de los años ‘80. Durante la primera década del siglo XXI hasta la actualidad, se ha sostenido tal tendencia afectiva, viéndose afectada bruscamente a finales del 2012 cuando la Corte Internacional de la Haya concede gran parte del mar del archipiélago a Nicaragua, restringiendo las actividades pesqueras de los sanandresanos y abriendo el camino a multinacionales interesadas en el petróleo o en la construcción de un canal que comunique al mar Caribe con el Pacífico. En este escenario el gobierno colombiano ha quedado mal parado y los sentimientos nacionales de la comunidad raizal han sido fuertemente debilitados.

integrantes, ofreciéndonos pistas acerca de sentimientos relacionados con la vergüenza y el orgullo correspondientes a determinadas auto-imágenes grupales. El ideal-nosotros que cada grupo ha disputado, ha estado conectado con la producción de sentidos de vergüenza que optimizan el ajuste y acople de las energías corporales de acuerdo a las intereses de dominación. Este sentimiento de deshonra ha estado ligado a gestos de degradación o de superioridad desarrollados históricamente entre grupos humanos, lo podemos reconocer a través de las formas de (auto)percepción colectiva (Elias, 1989).

III

En el proceso histórico emocional, de los diferentes grupos sociales que se cruzaron en San Andrés, se recrearon sentidos morales a partir de los cuales se sostuvieron perspectivas de valoración/descredito inter-grupal e interpersonal. Debemos resaltar, a partir de este caso, una tendencia social entre los colectivos que se reunieron en la isla, que consistió en la construcción de una imagen grupal a partir de la presencia de otros que no fueron cubiertos por el ideal-nosotros establecido. Por ejemplo, el interés inicial de mantener una comunidad blanca puritana en el siglo XVII se vio 'limitado' por la presencia de africanos que fueron señalados como portadores de vicios e inhumanidad, tal condición asignada a los subalternos permitió exaltar el lugar encumbrado del dominador. Con esta apreciación no pretendemos desconocer los matices de la diferenciación entre los mismos esclavos, pensemos por ejemplo en el caso de aquellos africanos a los que se les permitió vivir cerca del amo de acuerdo a la belleza que les fue reconocida por los blancos (Barnet, 1977).

Igualmente, aquellos que fueron resultado del cruce étnico llevaron en su piel otro grado de claridad/oscuridad que les permitió ubicarse en posiciones intermedias de poder -posiblemente como sirvientes cercanos al amo, como capataces o esclavistas-. Con la partida de los colonos europeos la sociedad sanandresana rehízo ese legado de posicionamientos, asociando a las raíces blancas una mayor valía humana en oposición a la caracterización de los sectores con mayor oscuridad en su piel. Ya en el transcurso del siglo XX, con la llegada de colombianos y extranjeros la comunidad raizal no padeció una situación novedosa en términos de la figuración de imposiciones y marginaciones, más bien experimentó el reajuste de los lugares que cada cual podía sostener de acuerdo a los nuevos equilibrios de poder. En esta dirección, el capital económico se presentó como potencia principal de distinción y acción, las posibilidades que los raizales tuvieron frente a los grandes inversionistas fueron pocas, la fuerza de trabajo fue comprada, masificada y acompasada a un sentido de vida regido por el dinero.

La compra de la fuerza de trabajo de los raizales fue asimismo la compra de sus sentidos (escucha, vista, gusto, tacto y olor)⁷, las energías corporales de los afrodescendientes se vieron empeñadas dentro de un sistema actualmente vigente -que proclama libertad a partir de la venta de la fuerza corporal para poder sobrevivir. En medio de esta situación de marginalidad, desde la cual se ha exaltado -generalmente- la pujanza, emprendimiento y talento de los empresarios, la comunidad raizal ha quedado parada en una posición de poder relativo y escaso. La presencia de colombianos pobres permitió matizar la situación de los raizales, abriendo un espacio de interlocución donde se ejerció la distinción/estigmatización de los grupos y sus integrantes, habilitando la competencia por espacios de poder social y político.

El encuentro entre raizales y colombianos continentales, especialmente en la segunda mitad del siglo XX, fue por lo general un canal conflictivo a través del cual se favoreció el interés del gobierno nacional en aras de confirmar su soberanía sobre el territorio insular. Las fuertes migraciones en los años '70 posibilitaron una 'mejor' integración social del territorio isleño a Colombia. Con la presencia de los nuevos pobladores, los raizales recrearon su historia y se en caminaron a la organización colectiva con miras a la conservación ambiental y cultural. El sentido estigmatizador activado en relación con los recién llegados se reprodujo en diferentes escalas del tejido de las sensibilidades y las imágenes de grupo, veamos: "Enrique Pusey, miembro del movimiento Hijos de la tierra -S.O.S. [Sons of the Soil]- un grupo raizal, enemigo de la migración y defensor de las costumbres nativas, afirma que los males de la isla son consecuencia de la invasión por parte de los habitantes del continente quienes, como sanguijuelas, han chupado las riquezas del archipiélago" (El Tiempo, 1988/8/20, p. 3A).

La construcción de imágenes acerca de raizales y continentales va ligada a la reproducción de percepciones acerca de lo que implica ser de uno u otro lugar. Ser continental pobre es igual a ser un desagradable invasor y ser raizal es igual a ser tradicional y distinguido. En este marco no debemos olvidar que el interés de países como Nicaragua (sandinista) -sobre el Archipiélago, especialmente desde finales de los años '70 y en el transcurso de los '80- fue un elemento que flexibilizó la migración de continentales hacia San Andrés. El apoyo 'tácito' del gobierno colombiano a la migración desafortunada se ha asociado a un modo del

⁷ Es decir, un amoldamiento jalonado especialmente por los 'principios sensibles de la nación': música, lengua, imagen, percepción de un horizonte social común, inclusión de comidas continentales como signo de refinación, control de las expresiones afectivas y de la presentación personal. Aunque no podemos asegurar un modelo único acerca de lo que es un colombiano, teniendo en cuenta la riqueza étnica del país, si podemos sostener que ha existido una fuerte tendencia desde sus elites -de tradición española- por ser el ejemplo social más legítimo.

ejercicio de la soberanía y colombianización de la isla (Ruíz, 1986; Pedraza, 1986). Nosotros nos inclinamos a sostener que el gobierno nacional hizo de la debilidad administrativa una fortaleza que se acopló a la desregulación migratoria como fuente de la legitimidad nacional sobre el territorio.

La necesidad gubernamental de fortalecer a la *comunidad imaginada* -Colombia- redundó en el intento de aplastamiento o anulación de diferencias, de tal modo, fue inevitable el establecimiento de una lengua y unas creencias que cohesionaran a la nación. En medio de la 'invasión' y 'avasallamiento cultural' los raizales no dejaron de reconocerse como colombianos, pero se trató de otro tipo de colombianidad y eso fue lo que ellos buscaron que se reconociera. En el proceso de establecimiento nacional en el archipiélago, en medio de la búsqueda del reconocimiento raizal y de la marginación social a diferentes escalas, la estigmatización social funcionó como mecanismo de modulación moral –justificación para corregir o encausar las acciones del marginado. Así, por ejemplo, el gobierno estatal, desde comienzos del siglo XX, buscó encausar la isla a la nación alejándola de cultos no apropiados y de un idioma extraño al oficial. De manera análoga, los raizales hallaron en los nuevos pobladores pobres la causa de sus diferentes problemas y resaltaron su incapacidad de adaptación al orden local.

Una noticia de 1971 cuenta lo siguiente de los continentales: “[g]rave situación se ha presentado en la isla por la gran afluencia de indeseables, marihuaneros y vagos que casi se han apoderado de la ciudad. Ayer fue detenido uno de estos sujetos cuando trataba de abusar de dos turistas norteamericanas que se encontraban en la playa principal tomando un baño de mar” (El Tiempo, 1971/6/18, p. 8). El deterioro de la imagen de los recién llegados permite que el grupo ya asentado se sostenga como un ejemplo, un modelo de vida y una autoridad que puede delinear las formas válidas de comportamiento. El tejido de las percepciones, entre colectivos y entre sus miembros, hace explícitos los equilibrios de poder que se promueven en los entramados sociales. La caracterización de las colectividades en términos de virtudes o antivalores es una muestra de las dinámicas emotivas que sirven en el sostenimiento de posicionamientos, subordinaciones e imposiciones.

El descontrolado crecimiento poblacional en la isla dejó ver también el desequilibrio en la distribución de la riqueza. Para 1971 la proporción de continentales supera a los isleños, un texto periodístico cuenta que:

San Andrés tiene en este momento un 30 por ciento de nativos, un 40 por ciento de "continentales", como llaman ellos a los colombianos, y un treinta por ciento de judíos, árabes y extranjeros. El comercio, sin embargo, está dividido en una proporción distinta, así que negocios, hoteles, restaurantes y almacenes pertenecen así: 70 por ciento a extranjeros, 25 por ciento a colombianos y 5 por ciento a isleños (El Tiempo, 1971/6/19, p. 20).

Desde comienzos de los años '70 el comercio estuvo dominado por extranjeros y poco quedó para los raizales, quienes se constituyeron en una minoría en proceso de colombianización. La tenencia de la tierra se convirtió en un arma de doble filo, si existían las posibilidades de inversión la tierra era una oportunidad, pero si no existían tales condiciones la tierra era un lujo. Los raizales hallaron en la venta de sus terrenos una opción para la sobrevivencia y se convirtieron en invasores de su propio territorio. La venta de terrenos se intensificó a mediados de los años '70, el gobierno nacional empezó a ejercer control sobre dicha venta a mediados de los años '80. Un reportaje de 1973 cuenta que:

Más de una cuarta parte del territorio de San Andrés es propiedad de foráneos. Además, en los últimos tres años se ha intensificado la venta de terrenos a ciudadanos de otros países, quienes en un futuro -quizá muy próximo- los destinarán a explotación comercial privada, en negocios turísticos, sin la participación de los nativos, quienes están vendiendo sus tierras, sin darse cuenta de que están despojándose de su único poder (El Tiempo, 1973/3/19, p. 17A).

La isla fue muy atractiva para los inversionistas extranjeros que aprovecharon las condiciones y necesidades de sus habitantes - desubicados frente al nuevo modelo económico basado en el turismo-. El maestro Pepa, personaje raizal reconocido en la isla, escribió una carta al presidente Misael Pastrana en el año 1973 con el ánimo de encontrar apoyo y auxilio para enfrentar las difíciles situaciones padecidas por los raizales. El escrito es interesante porque amplifica la voz de la comunidad local y describe las condiciones de vida en aquel instante, de entrada el texto alude a la escasez de recursos naturales:

[N]o hay agua, ni comida, ni hay cocos, las ratas se están comiendo los cocos biches, y los que crecen son muy chiquitos porque las palmas están enfermas y el agua que nutre la tierra es para el turismo. Las tortugas tampoco volvieron a poner huevos en las playas, porque las tortugas también tienen miedo del modernismo. El modernismo es destrucción. Los pozos están secos, hace cinco meses no cae gota de lluvia. Los isleños no pueden lavar la ropa ni hacer comida, porque no hay agua, ni comida (El Tiempo, 1973/6/13, p. 7A).

El modernismo entendido como la llegada de inversores, comerciantes, turistas y nuevos habitantes tuvo efectos desfavorables para el grueso de la población local, quien acentuó su prevención frente a todo lo que le fue presentado como una solución a sus problemas. La comunidad sintió con mayor peso el aislamiento y la exclusión en el proceso del desarrollo turístico y comercial de San Andrés. La marginación del raizal fue expresada por Pepa como una nueva forma de retorno a la esclavitud:

Los paisanos tienen hambre, no hay comida, y la que hay es tan cara que ningún dinero alcanza [...] Y no hay trabajo, cada día somos más

pobres. En San Andrés ya solo pueden comer los ricos y los turistas [...] Nadie quiere trabajar la tierra ni pescar en el mar. Dejaron el campo y la naturaleza por las engañosas fantasías del turismo y el comercio [...] el cambio que trajo el progreso a la isla fue el cambio que convirtió a los isleños de reyes en esclavos (El Tiempo, 1973/6/13, p. 7A).

El recuerdo de aquel pasado de sufrimiento e impotencia fue algo que atravesó a la comunidad raizal, que fue matizado en el ejercicio de la construcción de un ideal-nosotros alejado de la vergüenza de aquella vida en la subyugación. El pasado doloroso fue un fantasma social que persiguió a las nuevas generaciones, quienes vieron cómo se re-hizo en nuevos encadenamientos impuestos por los sectores dominantes de turno. En medio de esta situación, el relato de Pepa nos permite ver que la institucionalidad es reconocida por los raizales, él le escribe al presidente con la esperanza de una solución. De todos modos, las palabras de este habitante raizal señalan concretamente los problemas que trajo el modelo económico basado en el comercio turístico, algunos artículos insistieron en esta línea. Para el año de 1979 encontramos en la prensa de San Andrés la siguiente opinión:

El puerto libre abrió el cauce a una corriente inmigratoria de calculadores de fortuna. Cualquier nativo inteligente dice en San Andrés cosas como esta: 'Colombia no ha sido consecuente con el isleño. Primero, en 1927, nos mando la misión católica que entró a saco en nuestras formas de cultura, trató de españolizarnos -ni siquiera de colombianizarnos- a la brava, quemó nuestras biblias protestantes en una especie de auto de fe inquisitorial y sembró en la isla el terror espiritual en nombre de Cristo y por autoridad del gobierno colombiano. Ahora nos tienen contra el paredón económico [...] (El Caracol, 1979/9/15, p. 4).

En este marco, los líderes sanandresanos aprovecharon el respaldo de la comunidad, el descontento grupal, para negociar su lugar dentro del establecimiento nacional. La comunidad raizal en el proceso de organización colectiva y según las voces de sus distinguidos representantes, constantemente reclamó participación en la administración local, aceptando ser parte de la patria pero con 'autonomía'. Un líder raizal comentó: "Nuestras islas, patria chica, son también patria para todos, pero especialmente para quienes nacieron entre sus palmeras [...] No podemos aceptar que a nuestro archipiélago no lo dirijan sus hijos, que seamos vetados a participar en la conducción del Estado y sin representación en el servicio exterior" (El Tiempo-Lecturas Dominicales, 1987/3/15, p. 3). Solo algunos sanandresanos pudieron acercarse a espacios de poder político, se trató de los más antiguos, legítimos y representativos de

la isla, quienes reprodujeron el ejemplo de la clase dirigente colombiana.⁸

El acceso de raizales a los espacios de gobierno alentó la legitimación de las instituciones nacionales y sus mecanismos de participación "democrática". Los raizales vieron en sus líderes sociales, convertidos en líderes políticos, una esperanza del cambio que finalmente no llegó. La cohesión grupal lograda por la comunidad raizal sirvió para hacer escuchar sus demandas y ubicar a sus representantes en espacios políticos. La cohesión se logró desde el tejido de una imagen grupal apoyada en la historia (anglo) local, la antigüedad de la permanencia raizal y la caracterización de los nuevos habitantes como un problema.

La institucionalización de la acción colectiva raizal permitió correr la responsabilidad principal del Estado colombiano respecto al caos social, concentrando las miradas sobre los sectores desfavorecidos. Estos sectores se aventuraron en busca de oportunidades, no propiamente porque tuvieran un valor humano inferior ó un interés invasor, sino porque no contaron con garantías vitales en el continente y eran funcionales a los intereses de quienes concentraban el poder. La organización raizal encontró en estos pobladores un medio para construir su posicionamiento, afirmando la reproducción de la imposición social entre uno y otro grupo; en un periódico de la isla, por ejemplo, en 1985, así fue presentado al S.O.S.:

It is a native organization to fight for the rights of natives, rights trampled or ignored by the Government of Colombia [...] Overpopulation is destroying San Andrés and is the direct cause of the other serious problems facing islanders, such as the high cost of living, discrimination against natives looking for work, crime and delinquency, immorality, corruption in Government, drug-addiction, pollution, and so on (El Caracol, 1985/2/16, p. 9).⁹

Este caso nos permite constatar las dimensiones que adquirió la presencia de los extraños en la afirmación de un ideal-nosotros raizal. Consideramos que la estigmatización y subvaloración entre

⁸ Respecto a los más distinguidos personajes de San Andrés insistimos en la existencia de un indicador de prestigio relacionado con la claridad de la piel, además de factores económicos y religiosos que marcaron diferencias entre los mismos sanandresanos. Por lo general, la mayoría de familias con poder religioso al interior de la iglesia bautista, fueron personas con pieles más blancas que los demás. Es interesante destacar el caso de un sector raizal marginado por su color de piel más oscura y sus rasgos físicos más cercanos a un biotipo africano. Tal grupo se ubicó en el sector de *Back Alley*, en La Loma, y por lo general sus gentes desempeñaron los trabajos físicos relacionados con actividades de mar (Ruíz, 1986; Petersen, 1989).

⁹ "Esta es una organización nativa que lucha por los derechos de los nativos. Derechos que han sido pisoteados o ignorados por el Gobierno de Colombia [...] La sobrepoblación está destruyendo a San Andrés y ésta es la causa directa de otros serios problemas que afectan al isleño, como lo son el alto costo de vida, la discriminación contra los nativos que buscan trabajo, crimen y delincuencia, inmoralidad, corrupción en el Gobierno, drogadicción, contaminación, etcétera".

grupos humanos en aras de su reconocimiento ha sido un aspecto estructural reproducido a diferentes niveles de las interrelaciones humanas. Hemos constatado que la forma en que es reconocido el colombiano continental pobre por parte de la comunidad sanandresana, hace parte de un vaivén emotivo que los raizales vivieron con los procesos de colombianización desde comienzos del siglo XX. Este mecanismo ha consistido en la construcción de sentimientos grupales respecto a lo propio y lo ajeno, lo primero como valioso-agradable y los segundo como inapropiado-desagradable. Si el establecimiento gubernamental se impuso sobre la comunidad raizal, esta última lo hizo sobre los nuevos pobladores colombianos, de tal manera que se figuró un ir y venir sentimental compuesto por reproches, orgullos, vergüenzas, miedos y (des)esperanzas.

Dos aspectos debemos resaltar finalmente, en términos de la figuración de imágenes de grupo y las sensibilidades jalonadas en la dinámica: de un lado, la importancia de la mitificación del pasado como base para sostener una idea de antigüedad grupal que otorga sentido de tradicionalidad y pertenencia territorial; de otro lado y de forma complementaria, la estigmatización y subvaloración de aquel menos antiguo en un lugar, como estrategia de afirmación de las posiciones sociales y los equilibrios de poder que pretende el 'más fuerte'.

Referencias

- BARNET, Miguel. 1977. *Biografía de un Cimarrón*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- BERNAND, Carmen. 2001. *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*. Madrid: Fundación Histórica Tavera.
- ELIAS, Norbert. 1989. *El Proceso de la Civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1998. "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y Marginados". *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Editorial Norma.
- _____. 1999. *Sociología Fundamental*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- FANON, Franz. [1952] 2009. *Piel Negra, Máscaras Blancas*. Madrid: Ediciones Akal.
- FRIEDEMANN, Nina. 1965. "Miss Nansi, old Nancy y otras narraciones del folclor de las islas de San Andrés y Providencia", en *Revista de Folklore* No.9. Bogotá.
- FRIEDEMANN, Nina y AROCHA, Jaime. 1986. *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta Editores.
- KOURY, Mauro G. Pinheiro. 2009. O que é medo? Um adentrar no imaginário dos habitantes da cidade de João Pessoa, Paraíba. *Psicologia & Sociedade*; 21 (3).

_____. 2013. No se ver uma imagem não se vê nada. Reflexão sobre discursos e narrativas da e sobre a imagem. *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 12, n. 34, Abril.

PARSONS, James. 1985. *San Andrés y Providencia, una geografía histórica de las islas*. Bogotá: El Áncora Editores.

PEDRAZA, Sandra. 1986. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

PETERSEN, Walwin J. 1989. Cultura y tradición de los habitantes de San Andrés y providencia. *San Andrés y Providencia: tradiciones culturales y coyuntura política*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

RATTER, Beate M. 2001. *Redes Caribes, San Andrés y Providencia y las Islas Cayman: entre la integración económica mundial y la autonomía regional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

ROBINSON-BENT, Lenito. 1989. La muerte del "Anancy Story" y la sepultura de una cultura. *Revista Uroboros* No. 4. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

RUIZ, María Margarita. 1986. *Isleños y Pañamans: la apropiación del espacio para la vivienda en la isla de San Andrés*. Trabajo de Grado no publicado, Universidad de los Andes. Bogotá.

SÁNCHEZ AGUIRRE, Rafael. 2007. *Marginados o Establecidos: Identidad Sanandresana, un proceso en movimiento 1970-1991*. Trabajo de Maestría en Historia no publicado, Universidad Javeriana. Bogotá.

SCRIBANO, Adrian. 2012. Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*. Nº 10, año 4.

Otros Recursos

El Tiempo (Bogotá)

El Caracol (San Andrés)

Abstract: A look at the 'social origins' in a Caribbean community will allow us to detail some aspects related to the senses of pride-shame and mythologizing that structure the images of group. We will discover a permanent reference to recognize the society of San Andrés Island in terms of the English-protestant colonization, while their African past or their experiences in slavery are hardly mentioned. In recent times, the strong migration from Colombia to this Island - specially in the second half of the XX century- encouraged different perceptions and emotional tensions between groups gathered there. The diffusion of collective images of each social group had effects in the configuration of mutual acceptance / rejection and interpersonal feelings. This analytical work has been done from a review of historical studies, newspaper articles and informal talks with members of the community. **Keywords:** emotivities, images of group, social figuration, Raizales.